



7. Zenobia, la elegida

M^a Jesús Domínguez Sío

A través de la poesía de Juan Ramón se puede ver clara la importancia que concedía al amor, tema obsesivo de su primera época que se corresponde en la vida con su búsqueda de la mujer ideal, aquella que resolviese en alegría y luz todas las contradicciones. Esperaba el hallazgo para colmar el deseo de pureza, la belleza del ideal con la carnalidad de la vida en la mujer real. La buscó afanosamente en otras: Blanca, *Francina*, en las monjas del sanatorio del Rosario (en busca de «el frescor de mis aventuras de toca blanca»), en la ficción imprevista de la limeña Georgina, en Louise Grimm... por eso, cuando se encontró con Zenobia, el flechazo lo hirió definitivamente sin cura ni redención. Nada le importaron la tibieza de ella, primero, y el rechazo, después; nada la oposición frontal de sus futuros suegros; el amante, iluminado por esa clarividencia, ensayó todos los recursos, todas las tácticas de seducción, sin reparar en obstáculos ni matices. Los sabios consejos de Ovidio en *Ars amandí* están desarrollados fielmente por Juan Ramón en las cartas previas al noviazgo: halagos; regalos; mimos, medias verdades, exageraciones e, incluso, mentiras; protestas de injusticia, crueldad e ingratitud de ella; descripción de las consecuencias de ese desvío en él; hipertrofia de sensaciones y sentimientos; promesas, los poemas, las amenazas... Todo destinado a mejorar el cortejo, a reforzar su eficacia. Al leer el epistolario amoroso del poeta, nos invade la certeza de que Zenobia no tuvo una sola oportunidad de escaparse al cerco de artillería amorosa a que la sometió Juan Ramón. Esa misma intuición tuvo Ortega, cuando escribe en el dorso de un retrato, que está en la Sala Zenobia Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico, la siguiente dedicatoria: «A Zenobia y Juan Ramón, labradores de inverosimilitud, que pasan sobre la vida como Titania y Oberón, su amigo, José Ortega y Gasset, 5 de mayo de 1917». Y, en otra ocasión, el filósofo amigo explica la misma idea:

Señora, el nombre de Zenobia Camprubí suena a nombre de un hada que nos parece haber visto en el cuento mejor. En uno de sus vuelos, casi irreales, esta hada, que tiene los ojos azules y una nube rubia sobre las sienes, cayó en la red de un poeta. Porque los poetas son furtivos cazadores de hadas: tienden en las afueras de la realidad redes de cristalinos hilos, que tejen para ellas unas arañas sentimentales. Todo lo grávido, todo lo material, todo lo filisteo atraviesa las ilusorias retículas sin romperlas ni mancharlas. ¡Sin enterarse de ellas! Sólo las

hadas quedan prendidas. Así esta hada Zenobia es hoy un hada bien maridada al egregio poeta Juan Ramón Jiménez. En lírico homenaje, como Titania y Oberón por la selva, atraviesan nuestra árida existencia nacional, fabricando inverosimilitud. Jiménez tañe sus propios versos, y ambos juntos traducen poetas lejanos, esto es, se dedican a hacer en España el contrabando de la poesía. Pues no otra cosa que contrabando es introducir en nuestro país mentefacturas poéticas, si se advierte que los españoles solemos adoptar ante el lirismo una actitud de carabineros.¹

Palabras que, sin duda, gustaron mucho al poeta quien, fiel a su deseo de fundir vida y obra pasando a esta última todas sus vivencias, concibe el proyecto de reunir todas las cartas cruzadas entre ellos, más ciertos poemas de amor, en un mismo volumen, homenaje a Zenobia, que se llamaría «Monumento de amor: Epistolario y lira», donde relatasen por sí mismos esta apasionada historia. Ellos adoptarían los nombres del bautismo orteguiano: Oberón y Titania, nombres y título que transparentan la devoción shakesperiana de los tres. Pues Titania es la reina de las hadas y la esposa de Oberon en *El sueño de una noche de verano*, de William Shakespeare, obra que Zenobia tradujo en colaboración con su esposo.

Esta complicidad y la que el poeta disfrutó durante toda su vida en común sólo fue posible por la excepcionalidad del hada captada por la fina red del poeta. Y es que el que había sido elegido por don Francisco Giner como discípulo (elección mutua de un magisterio consciente) requería y admiraba a la mujer cultivada. En uno de sus aforismos, él mismo nos explica por qué:

El amor de la mujer espiritual es el placer más completo, porque la mujer responde. Nos seduce la belleza de una rosa, pero la rosa no lo sabe; una obra de arte –un cuadro, una sonata, un libro– nos estasia, pero la obra no se entera; los pensamientos y los sentimientos platónicos están indudablemente y sólo en nosotros. La mujer cultivada recoge la ilusión de nuestra

¹ “Un poeta indo” en “Epistolario liminar” 1918, *El Sol*, 27 de enero. Incluido en Rabrindranaz Tagore (Premio Nobel 1913) 1960, *Obra escogida*, Madrid, Aguilar, pág. 61.

*carne con alma, y la goza y la complica y la devuelve en esos instantes en que vemos países ideales a través de unos ojos apasionados, instantes que son como una pasajera realización de lo eterno, en que nos suspendemos sobre la vida.*²

Juan Ramón necesita a la mujer cultivada como necesita el arte, la música y la poesía, para «suspenderse» sobre la vida cotidiana con sus imperfecciones y desalientos. La mujer (el amor) y la poesía son una vía de acceso a lo absoluto, al ideal de bondad, verdad y belleza.

Antes del encuentro con Zenobia, el poeta, como todos los modernistas, tenía una visión ambivalente de la mujer: la pura y la sensual, la mujer partida de Shakespeare y su *Rey Lear*:

De cintura arriba son la madre, hermana, la hija, la amiga. / Difícil es concebir cosa más fea, más sosa, más perfectamente baja, que la mujer bella de cintura abajo, con la ceguera impersonal de su sexo, tan lejano a su frente. De cintura abajo son la prostituta, la querida. / La esposa es el difícil, el imposible equilibrio³.

HISTORIA

Ese modelo había sido heredado de los románticos, que en su exaltación de la libertad, se olvidaban de la correspondiente a la mujer, o temían la emancipación femenina. Vemos, por ejemplo, la agresividad de Espronceda con la prostituta Jarifa («¡Siempre igual! Necias mujeres, / inventad otras caricias, / otro mundo, otras delicias, / o maldito sea el placer»)⁴, mientras la mujer deseada es una idea inexistente como la descripción de Teresa («aérea cual dorada mariposa, (...) / angélica, purísima y dichosa»⁵). Lo que no impide que en el mismo «Canto II», el autor nos propine esta descripción:

² JIMÉNEZ 1990, *Ideología.*, p. 54.

³ Op. cit., p. 706.

⁴ ESPRONCEDA 1958, «A Jarifa en una orgía», p. 258.

⁵ Op. cit., «A Teresa», p. 519.

Mas, ¡ay!, que es la mujer ángel caído,
o mujer nada más y lodo inmundo:
hermoso ser para llorar nacido,
o vivir como autómata en el mundo.

Bécquer, a través de Manrique, el protagonista de *El rayo de luna*, nos habla de una mujer ideal, incorpórea, y en la *Rima XIII*, muestra otra figura femenina, en que su mirada, azul, según el prototipo clásico de belleza rubia, deber ser hermosa, pero no necesariamente inteligente:

Tu pupila es azul y si en su fondo
como un rayo de luz radia una idea
me parece en el cielo de la tarde
una perdida estrella.

El teatro romántico continúa la mujer-ángel de amor, una sombra de su amante que vive enajenada en él y por él arrostra toda dificultad. Como ejemplo, veamos a Laura de *La conjuración de Venecia* contestar convencida a la pregunta de Rugiero sobre si está arrepentida de haber transgredido la norma y abandonado a sus padres:

... ¡pesarme!... yo no vivo sino por ti; yo no pienso sino en ti; yo no pudiera existir ni un solo día si llegara a perderte (...) yo no tengo más voluntad que la tuya.⁶

En la literatura, pues, se nos muestra la mujer-musa, objeto de la inspiración amorosa o creadora del hombre, ángel o demonio, nunca ser humano de carne y hueso, contradictorio y ambivalente. Al mismo tiempo, la sociedad española de fin de siglo XIX aborda ya el problema de la educación femenina, y la novela realista (Pardo Bazán, Galdós, Clarín) critica el modelo de mujer ignorante y rezadora, incapaz de sostenerse a si misma -prototipo femenino español- y propone una mujer nueva, autosuficiente que pudiera realizar los deseos de Tristana:

⁶ MARTÍNEZ DE LA ROSA 1964, p. 273 y s.

Quiero tener una profesión (...) No veo la felicidad en el matrimonio. Quiero estar casada conmigo misma, y ser mi propia cabeza de familia. No sabré amar por obligación.⁷

Pero mayoritariamente se sigue tratando a las mujeres como seres de segundo rango. La Institución Libre de Enseñanza (ILE), junto con las Escuelas Laicas de Barcelona y alguna otra iniciativa privada minoritaria, es el único centro no religioso que se ocupa de la educación femenina, al considerar -desde su ética krausista-, que la ignorancia de la mujer es la causa de los males de la familia y la sociedad española. Los krausistas entonces, ante la elegida, actúan como Pigmaliones, educándola y moldeándola a su medida, conducta por cierto ridiculizada por Unamuno en *Amor y pedagogía*, cuyos protagonistas lucen nombres simbólicos de esa idea: la materia (Marina) y la Forma (Avito Carrascal). Francisco Giner de los Ríos alienta y fomenta las vocaciones artísticas de Concepción Arenal (la pionera de las jurisprudencias españolas, empeñadas en mejorar la condición de los presos, actitud y objetivos que luego continuó Victoria Kent); la de Emilia Pardo Bazán, quien tradujo y difundió en España una obra que había influido mucho en el movimiento feminista británico: *La esclavitud femenina*, de Stuard Mill, cuyas tesis en pro de la liberación de la mujer coinciden con las de los institucionistas. Giner inaugura en nuestro país lo que Antonio Machado llamó la nueva sentimentalidad con respecto a la mujer y al amor, con su concepto natural del cuerpo, que lejos de ser un obstáculo para la unión con Dios, como señalaban los místicos, constituye un órgano sagrado que nos permite construir nuestra obra que, aunque limitada en el tiempo, es semejante a la infinita de Dios. Giner era un premodernista, pues el modernismo fue también una vía de conocimiento de lo trascendente a través del cuerpo.

Juan Ramón, su discípulo voluntario desde los 21 años, asume esta ética convencido, por eso cuando, después de su estancia madrileña, vuelve a Moguer a principios de 1905, ya no le gustan las amadas blancas, admiradas antes de su marcha. El poeta expresa este desencuentro en un poema de *Estío*:

⁷ PÉREZ GALDÓS 1969, p. 131.

... cerró la sinfonía
romántica de Schubert (...)
dijo Blanca: no entiendo la música alemana;
y la señora -¡musas!- del forense: A mí joven,
no me dice esto nada; (...)
Yo andaba con mi llanto; y por huir de ellas
bajé al jardín.⁸

Efectivamente, el joven de Moguer ya tiene otras exigencias, al haber conocido en el entorno de la ILE, a donde le había llevado el doctor Simarro, el neuropsiquiatra del Sanatorio del Rosario, donde vivió el poeta a su regreso de Burdeos. Como se sabe, Juan Ramón se fue a vivir con él cuando el médico le invitó, junto con Achúcarro, al quedarse viudo en 1903. El joven, además de paciente y amigo, se convierte en su discípulo, lo acompaña a las clases de psicología que el médico impartía en la Universidad y consigna en su diario las lecciones sobre Descartes, Kant, Spinoza... «Hoy ha hablado Simarro del pensar hipológico y del pensar lógico –todavía Spinoza.» (27 de octubre de 1903). Esa convivencia fue decisiva en la curación y fecundidad poética de Juan Ramón, pues Simarro, contrariamente a lo que le decía el doctor Lalanne, le animaba a escribir, cuestión vital que resultó la mejor terapia. Además, la biblioteca del psiquiatra, y la de Achúcarro, que el poeta absorbió, eran una de las más ricas y actualizadas del panorama español. Por si fuera poco, el doctor lo llevó a la Institución, a que conociera a su amigo, don Francisco Giner. A través de estas relaciones madrileñas, Juan Ramón accede al conocimiento y trato de otro tipo femenino, son mujeres sensibles y cultas, como Mercedes Roca, la primera esposa de Simarro, a María Lejárraga, mujer del escritor y empresario teatral Gregorio Martínez Sierra, a Louise Grimm de Muriedas, la malcasada, con una hija, de la que se enamora...

PANORAMA FEMENINO DE ÉPOCA

En la sociedad coetánea al poeta, las cosas en ese aspecto apenas habían evolucionado: existían las mujeres *decentes*, esposas o vírgenes destinadas al matrimonio; y las otras, aquellas que ponían precio a su relación física. Recíprocamente, la educación

⁸ JIMÉNEZ 1964, *Libros Inéditos de Poesía*, p. 156.

en internados religiosos provoca en los jóvenes más sensibles un conflicto: o abstenerse del sexo, siempre visto como pecado y culpa, o ceder al deseo y asumir la derrota del espíritu, de ahí que el erotismo esté en la obra de los poetas coetáneos, asociado a la melancolía, es «la tristeza de la carne», a la que alude Valle Inclán en *Femeninas*, donde las visiones lujuriosas provocan en el protagonista «una gran melancolía llena de confusión y de misterio; la melancolía del sexo, germen de la gran tristeza humana».⁹

En la dicotomía antedicha (lucha entre su sensualidad de joven meridional y sus deseos de pureza), Juan Ramón siempre se decanta por el ideal, pues influido por el racionalismo Krausista, considera que todos los contenidos de la conciencia superan abarcándolos a los de la existencia, por eso ve la belleza del arte superior a la natural, porque emana del espíritu y es capaz de revelar lo divino al ser humano. Con este deseo de ideal, de pureza, hay que relacionar sus ideas ‘mujer desnuda’, ‘poesía desnuda’, ‘muerte desnuda’, sus tres presencias. De ahí que cuando, según Ignacio Prat, el poeta tiene una relación carnal adulterina con Jeanne Marie Rousié, esposa del doctor Lalanne, director del sanatorio de Le Bouscat en Burdeos, adonde había ido el poeta a curarse de la neurosis que le provocó la muerte de su padre, cuando se relaciona con ella, digo, el resultado más allá del placer del momento, es la tristeza, el remordimiento y la culpa: «Tú estás frívola... yo loco, / no nos podemos querer; / se van yendo poco a poco, / tus encantos de mujer»¹⁰. Remordimiento que le hace volverse a Madrid, ingresar en el Sanatorio del Rosario, e iniciar una etapa fecunda en su formación espiritual, de la mano su maestro ético: don Francisco Giner de los Ríos. Allí encuentra, como hemos apuntado, ese nuevo tipo de mujer, con la que se puede hablar de contenidos espirituales y artísticos, como con un amigo, trascendiendo la relación erótica de varón y hembra en dimensión intelectual e ideal de persona.

Esta misma evolución observamos reflejada en la obra. Desde *Ninfeas*, su primer libro, vemos que el sexo está asociado a la culpabilidad que condiciona la imagen femenina. Habría la mujer,

⁹ VALLE INCLÁN 1976, p. 1332.

¹⁰ JIMÉNEZ 1981, *Jardines lejanos*, p. 213.

objeto de pecado, como les decían los religiosos en los internados donde se educaban, y mujer pura, la novia buena. En toda la obra primera de Juan Ramón hay una búsqueda del ideal femenino, visto el amor como un modo de recuperar el paraíso perdido, la inocencia elemental, previa a la culpa, la búsqueda de la mujer espiritual a través de cuyo cuerpo se entreviera la eternidad. Así lo vemos en la «Balada de la mujer ideal», donde parece que el autor hace de vate y está viendo a Zenobia:

*Te encontré en cualquier parte, sin saber cómo, de vuelta de
pordioseos de carne y de chanzas sin sentido. Y tú, la buena,
la bella, la verdadera, me estabas esperando -¡desde cuándo!
con la sonrisa en los labios, entre el barullo de los que no son
como tú... ni como yo....¹¹*

La sensualidad del yo lírico se extiende a las cosas en *Entes y sombras de mi infancia*; en *Pastorales*, vemos distintas mujeres asociadas a la naturaleza y la música, y aunque sigue la dicotomía entre la mujer salvadora y la opuesta, como «La mujer de los muslos malva» en el circo, cuando pasaba en su caballo tangencial al poeta y «un olor a carne y a perfumes me cegaba, me alejaba de mí, me envilecía...»¹². En *Platero y yo* predomina la visión idealizada, prerrafaelista, que se repite hasta *Laberinto*, pues en *Melancolía* (1910-1911) la imagen negativa de la mujer reaparece:

... ardió obscena de ansia, la viva rosa negra,
triste de olor malsano, del olvidado sexo...¹³

En *Laberinto*, el libro que el poeta dejó a Zenobia y del que ella le dice que, si no fuera de él, lo tiraría por la ventana, pues a la mentalidad puritana y práctica de la lectora le parecía malsano en sus desbordamientos de sensualidad y tristeza. La opinión de Zenobia influyó de tal forma en el autor que retira un ejemplar de la Universidad de Maryland y no lo devuelve. La «tristeza de la carne» recorre todo el libro, donde el poeta se muestra como crucificado entre la figura desdoblada de la mujer: la ideal, bella y desnuda; y la

¹¹ JIMÉNEZ 2005, *Obra poética*, p. 171.

¹² JIMÉNEZ 2005, *Obra poética*, p. 793.

¹³ JIMÉNEZ 1981, *Melancolía*, p. 172

de carne y hueso, provocadora del deseo punzante y doloroso
Roto quedé. Como un lepra triste me comí mi dolor...

Con lento paso,
voy hacia una pureza... ¡que no existe!
Teñido por la sangre de mi ocaso...¹⁴

Y por supuesto, la imagen negativa de la mujer es la Eva adúltera, con su fuerza demoníaca, revelada en metáforas, («.. son como dos serpientes que salen entre rosas, / los chorros apretados y tibios de tus brazos»), imágenes que no podían gustar a Zenobia, mujer feminista y buena. Juan Ramón, adulto apasionado, que practica la castidad como una ética gineriana, considera la sensualidad un escollo para el arte, tal como dice en varios aforismos. «La sensualidad es el prado en que pace mi tristeza».

En la prosa de la época sigue la visión antagónica de lo fememino. El poeta se debate entre la mujer virginal, idealizada, descrita con los rasgos simbólicos de blancura, vaguedad y tristeza, propios de la estética prerrafaelista; y la impura, que tiene las características de la mujer del sur, es morena, de ojos ardientes y voluptuosos. Juan Ramón es en esta época, al mismo tiempo, un poeta que en contraste con lo que hacían sus compañeros de generación, no elude la descripción física del amor. Frente a lo pudibundos que son Antonio Machado o Unamuno.

Tu sexo negro, suave como un plumón de pájaro,
entre las sedas blancas, amarillas, malvas
era como un faro de sombra para mis ojos
en un revuelto mar de tibias olas pardas...¹⁵

Sin embargo, con la mujer educada, el poeta tenía una visión del sexo como parte del espíritu, en la entrega amorosa, visión heredada del panteísmo krausista que veía en el cuerpo el vehículo del alma. A este respecto, se explica en uno de sus aforismos:

¹⁴ JIMÉNEZ 1982, «Nunca más la blancura adolescente», en *Laberinto*, p. 159.

¹⁵ JIMÉNEZ 2007, «Lo feo» p. 104.

VICIOS: Se une a los vicios verdaderos –alcohol, cartas- el placer carnal. Es un error. Lo sexual pertenece a la inteligencia, al espíritu. El vehículo es material, el sexo, como es material –ojo, nariz, oído- el vehículo de todas las sensaciones. Pero el goce, el acto en sí, es intelectual porque indica conquista, dominio, entrega, amor, algo de alma a alma, no, como en los que antes señalo como únicos vicios, de alma a cosa.¹⁶

Pero si la imagen de la mujer en el autor de los *Sonetos espirituales* era análoga a la de los intelectuales liberales coetáneos, la figura y la actitud de Zenobia también lo es de un tipo de mujer española, concienciada, culta, y vital, que va a componer lo que podríamos llamar la mujer de la II República, aunque en el caso de «la americanita», con maravillosas y suplementarias especificidades.

Si Juan Ramón tiene clarísimo que necesita y quiere una mujer cultivada en inteligencia y sensibilidad es precisamente porque vivió durante su segunda estancia en Madrid la atmósfera de la Institución Libre de Enseñanza, de larga tradición en la educación de la mujer, cuyos resultados pudo gozar, al contacto con las pupilas de la Residencia de Señoritas o de las profesoras americanas de Instituto Internacional. Ambas, instituciones afines en sus objetivos pedagógicos, y con las que Zenobia se mantenía muy relacionada.

Como es sabido, después de la creación de la Residencia de Estudiantes en 1910, el mismo impulso institucionista inauguró la Residencia de Señoritas, abierta en 1915 como «obra que ha de ser de la mayor trascendencia para la educación femenina». El organismo continuaba la labor krausista en pro de la educación de la mujer y, situada en los números 28 y 30 de la calle Fortuny, llegó a contar con más alumnas que la masculina, internas y medio pensionistas de las Facultades universitarias, Escuela Superior de Magisterio, Escuela Normal, Conservatorio, Academias de Arte y Escuelas Técnicas y de Comercio. Incluía además opositoras e investigadoras, y también un grupo de treinta o cuarenta inglesas y norteamericanas en el primer programa permanente de enseñanza

¹⁶ JIMÉNEZ 1990, «Sexualidad», *Ideología*, p. 139.

de lenguas y cultura española para extranjeros, establecido en Madrid por el Smith College y el Instituto Internacional de Boston. La decana del Instituto, Susan Huntington, fue durante toda su vida amiga de Zenobia y Juan Ramón, y aliada de María de Maeztu, la directora de la Residencia de Señoritas. Ambas deseaban educar a la mujer en los niveles superiores porque «sólo (...) dirigiéndose hacia las profesiones liberales o los cuerpos del Estado podría la mujer alcanzar en España su plena madurez civil»¹⁷. Y efectivamente consiguió ser el primer centro de investigación dirigido por mujeres, cuando Louise Foster creó el laboratorio con alumnas de farmacia, medicina y ciencias. Su biblioteca, las conferencias con invitadas de honor como Gabriela Mistral, Victoria Ocampo, Berta Singerman, la recitadora de Juan Ramón, o la asistencia a las conferencias de la Residencia masculina como la de Mme. Curie, completaban la educación de las jóvenes. Por eso, una mujer de la Generación del 27, es decir, de la edad de las alumnas de la Residencia pudo decir:

(Hubo tiempos en que se confundieron lamentablemente los papeles de esposa y de musa, colmando de exigencias a una sola persona, vituperándola si no las satisfacía todas (pues no se había definido aún el papel de compañera que tan natural nos parece ahora).¹⁸

Refiriéndonos ahora a esos tiempos vemos que en Suiza o EE. UU. las mujeres fueron admitidas a la universidad a partir de la segunda mitad del s. XIX. En nuestro país la asistencia a centros de cultura de la mujer es tan fugaz como los periodos revolucionarios o de tendencia liberal. Por eso, en 1821, las señoritas de Madrid asistían a las clases de Botánica de don Mariano Lagasca en el Jardín Botánico a las 4'30 de la tarde, pero la reacción de 1823 termina con el intento. Casos excepcionales conocidos son los de dos mujeres gallegas: doña Concepción Arenal (Ferrol, 1820-Vigo, 1893), que asistía en Madrid a las clases de la Universidad Central vestida de hombre; y el de doña Emilia Pardo Bazán, con más posibilidades por su privilegiada familia, pero que sufrió el boicot de sus compañeros de claustro, por el delito único de ser mujer,

¹⁷ CACHO VIU, V. 1962, p. 17.

¹⁸ CHAMPOURCIN 1997, P. 123.

cuando fue nombrada profesora de la Universidad Central. Ambas se beneficiaron de sus relaciones con los krausistas, especialmente con don Francisco Giner, que las alentó en su vocación y les abrió cauces.

Pero la posición de la mujer intelectual en España seguía siendo penosa y el modelo de conducta, masculino, así por ejemplo, la maestra debía tener un «aspecto grave, austero, abroquelada contra los menores latidos de su corazón», nos dice Jiménez Landi¹⁹. De ahí que la mayoría permanecieran solteras, en una sociedad que les penalizaba el haberse salido del carril de una educación religiosa, todo lo más con «clases de adorno» para la joven privilegiada. Un 80% de mujeres eran analfabetas cuando la Revolución de Septiembre de 1868. Por eso Fernando de Castro, seguido entusiásticamente por todos los krausistas, en la convicción de que la instrucción y el progreso llevarían la paz y felicidad al pueblo, instituye las *Conferencias dominicales para señoras*, en la Universidad madrileña, con un éxito enorme; funda también la *Escuela de Institutrices* y *La Asociación para la Enseñanza de la Mujer*. Todo paradójicamente inscrito en la enseñanza evangélica: «La verdad os hará libres», era el lema elegido por unos librepensadores anticlericales, que reprochaban precisamente a la Iglesia haber abandonado la enseñanza de Cristo. Por eso el liberalismo y el krausismo fue condenado en distintas encíclicas como parte de los «errores modernos», y esos hombres tuvieron que vivir la contradicción entre su fe y su ciencia en un proceso de secularización que vivía toda Europa, pero aquí se condenaba.

A Fernando de Castro le sucedió otro krausista, Ruiz de Quevedo, que dedicó su vida a la educación femenina. Ellos defendían la superioridad de la ética sobre la religión, la moral sería la religión de las almas cultas, de la perfección, del progreso, de la libertad de las personas y de las naciones. Querían dar a las jóvenes las nociones indispensables de cultura intelectual, ética y social. La Escuela de Institutrices, con programas enciclopédicos, que incluían idiomas y mecanografía fue el precedente de la Escuela Normal o de Magisterio actual. Concepción Arenal dice en sus obras, *La mujer del porvenir*

¹⁹ JIMÉNEZ LANDI 1973, p. 41.

y *La mujer de su casa*, que hay que convencer a las mujeres de que la persona no tiene sexo, de que tienen derecho y deber a la cultura y al trabajo, y denuncia el hecho de que la mujer inculta no puede educar bien a sus hijos ni participar en el desarrollo social. Se fija, sobre todo en la función de esposa y madre y dice:

*Tenemos por cierto que habrá más armonía en el matrimonio a medida que la esposa tenga más cultivada su razón y más elevados sus sentimientos. No puede llamarse armonía el silencio de la mujer, que si no tiene una palabra para la contradicción, tampoco la halla para el consuelo, y que si no se opone a nada, tampoco comprende ni consuela.*²⁰

También previene otro peligro para las mujeres sin educación: el de la pasión arrebatada, contra la que ella no podrá esgrimir ningún arma, como ilustra el personaje de Ana Ozores, *La Regenta*, o *Madame Bovary*, pues ella «tiene abiertos todos los caminos del sentimiento, cerrados todos los de la inteligencia. En sí no halla recursos para combatir la pasión que es la única forma en que concibe la vida»²¹. La señora Arenal dedica un capítulo a desmontar la tesis de Augusto Comte sobre la inferioridad del cerebro femenino, y contribuyó con su ejemplo a borrar los prejuicios respecto a la capacidad intelectual de la mujer, aunque todos los derechos reivindicados por la autora deban aunarse con las funciones de ama de casa, sumisa a su marido. La sociedad de finales del XIX, que imponía la técnica, excluía a la mujer. Manuel B. Cossío, hijo espiritual de Giner, introducía el tema en el congreso de 1897: «En cuanto concierne al *alumno* hay dos problemas de primera importancia. La educación de la mujer es el primero; el de los anormales, el segundo»²². Pero, pese a los esfuerzos de los liberales, la instrucción femenina, debido a prejuicios religiosos, progresa muy lentamente. La ILE se inspira en las enseñanzas krausistas de Julián Sanz del Río, inscritas en la tradición ilustrada de las escuelas lancasterianas y pestalozzianas, importadas desde Londres por Pablo Montesino, claro precedente de Giner de los Ríos. Todos quieren acabar con las escuelas

²⁰ «La educación de la Mujer». Memoria presentada en el Congreso Pedagógico de 1882. Citada por Ivonne Turín, p. 229.

²¹ Op. cit. p. 30.

²² COSSÍO 1897, p. 73.

monásticas e integrar a los niños en la naturaleza. Krause lo había dicho bien claro hablando de la conducta del hombre nuevo:

... cuando observa que esta mitad esencial de la humanidad está hoy en unos pueblos oprimida y degradada; en otros, postergada o abandonada a su educación por el varón, que hasta ahora se ha atribuido una superioridad exclusiva; cuando observa que la mujer dista hoy mucho del claro conocimiento de su destino en el todo, de sus derechos y funciones, y altos deberes sociales, se siente poderosamente movido a prestar ayuda y fuerza a la mujer.²³

Así pues, Sanz del Río, el importador del krausismo en España, ve a la mujer capaz de actividad científica, artística y social, y le preocupa la distancia cultural entre ella y el hombre. Considera el matrimonio la forma más digna de respetar la «pureza del amor femenino» y cree que los cónyuges deben ayudarse mutuamente para superar las limitaciones del individuo y lograr así, entre los dos, la persona superior que dé ejemplo y eleve el nivel social. Sus seguidores nacionales interpretan la falta de educación de la mujer como el origen del mal de la familia española, por eso don Julián escribe varios artículos sobre el tema en la *Revista de instrucción pública*²⁴. Si nos fijamos en la elección de esposa de los hombres de la ILE podremos trazar el perfil de la mujer institucionista, cuyas hijas y nietas frecuentará Juan Ramón. Los contemporáneos de Giner se enfrentaban con la contradicción de que una mujer sensible y dúctil a sus enseñanzas contaba con una familia reacia a casarla con un librepensador de escasa fortuna (caso de don Francisco). Una carta que Emilia Pardo Bazán escribe a Giner hablando de las virtudes que debería tener la mujer de Augusto González de Linares, amigo de los dos, define el femenino perfil institucionista:

... la necesita *joven*, para poder formarla, simpática, para amarla, distinguida, porque eso, si no nace con la mujer, ¿quién lo infunde?. Además requiere (...) ser muy *poeta* para asociarse a las grandes aspiraciones de Augusto; y muy

²³ SANZ DEL RÍO 1860, p. 94.

²⁴ Años 1858-1859, citado por Ivonne Turín 1967, p. 63.

práctica, porque como él tiene en ciertas materias la inocencia bautismal, importaría que ella fuese un espíritu positivo en el buen sentido de la palabra.²⁵

Como vemos, está prefigurando el perfil de Zenobia, educada por su abuela y su madre (portorriqueñas de origen y cultura norteamericana) por sus viajes a EE: UU., Francia y Suiza; y por la actividad cultural de las dos Residencias y el Instituto Internacional, organismos herederos o simpatizantes del espíritu institucionista que los propulsó. Debido a esto, no es casual que muchos institucionistas se casasen con extranjeras (Azcárate, Riaño, González de Linares...), pues las jóvenes nacionales, de educación dogmática, no les servían. Doña Emilia había dicho antes del texto anterior, que en España no había una sola mujer para Augusto, quien finalmente se casa con una francesa. Como J. R. que, ya en la generación siguiente, elegirá muy conscientemente a «la americanita».

«ZENOBIA ERES ÚNICA»,

le dice muchas veces Juan Ramón a lo largo de su convivencia, y era verdad, pues Zenobia Camprubí añadía a las María de Maeztu, Natalias Cossío, María Martos, Victoria Kent o Clara Campoamor, la enorme riqueza de una educación internacional, con años de experiencia entre la élite estadounidense, y una formación abierta en la conciencia social, el utilitarismo y la acción, que no eran comunes entre las españolas. Además de todo esto, era bella, auténtica y buena, resumen y dechado de las cualidades que el exigente pretendiente necesitaba. Era también, por si fuera poco, autónoma económicamente, pues su abuela y una tía le habían dejado cierto fondo en dólares, que le administraba un despacho de Boston para permitirle recibir mensualmente una cantidad, fluctuante con los cambios de divisa, pero que suponía un desahogo considerable.

Juan Ramón asistía a los actos culturales de las dos Residencias,

²⁵ Carta del 27 de septiembre de 1887, citada por Jiménez Landi, 1973, Vol. II, p. 455.

donde podía relacionarse con las mujeres antedichas y con las profesoras americanas del Instituto Internacional, mayoritariamente jóvenes, todas cultas, con deseo de aprender y de formarse profesionalmente. Éstas son las que dan satisfacción a las aspiraciones del poeta, que propone a Louise Grimm, casada pero separada de su marido, mujer educada y cosmopolita, con gran conocimiento de la literatura inglesa y norteamericana, unirse a él en el extranjero y compartir su vida. Ella será el más claro precedente de Zenobia, la elegida.

Aunque después de un intensísimo cortejo del poeta y de un corto noviazgo, al casarse en 1916, Zenobia renuncie a la creación literaria propia, para dedicar sus esfuerzos a alentar la obra de su marido, propiciando las condiciones idóneas a la creación, ella, entre múltiples ocupaciones, sigue traduciendo a Tagore, Synge, Shakespeare, Yeats... La misma decisión adoptaron en mayor o menor medida muchas mujeres de su generación, o un poco más jóvenes, casadas, como ella, con escritores. Son las *silenciadas*, como les llama Antonina Rodrigo²⁶: Eulalia Galvarriato, mujer de Dámaso Alonso; Concha Méndez (de Manuel Altolaguirre), María Teresa León (Alberti), mujeres que posponen sus anhelos creativos para cumplir con generosidad ese papel de esposa abnegada, que le exigía la sociedad de su tiempo. Papel prácticamente incompatible con la propia creación personal. El ejemplo extremo de autoanulación es María Lejárraga de Martínez Sierra, quien escribía las obras de teatro, firmadas con los apellidos de su marido; y todo ello, pese a considerarse feminista, y dar conferencias en pro de la liberación de la mujer.

Sí, la rica proteica y generosa personalidad de Zenobia hizo posible la magnífica obra de su marido, como él mismo reconoce en numerosas ocasiones, y en el momento mismo de saber la concesión del Nobel. Cuando Adriana Ramos Mimoso, profesora portorriqueña amiga de los Jiménez, dio la noticia a Zenobia, enferma ya en la agonía, ésta abrió los ojos y se puso a entonar un villancico en señal de alegría. Ella se lo dijo inmediatamente a Juan Ramón, que recibió la nueva «con amargura y desolación»

²⁶ RODRIGO 1988, p. 121.

y exclamó, ante todos: «Ella es quien lo merece». Luego escribió las archiconocidas palabras para que el rector de la Universidad de Puerto Rico, don Jaime Benítez, pudiera leer en Estocolmo en representación suya, en la recepción del Premio Nobel:

Mi esposa Zenobia es la verdadera ganadora de este premio, su compañía, su ayuda, su inspiración de cuarenta años han hecho posible mi trabajo. Hoy me encuentro sin ella desolado y sin fuerzas.²⁷

En una carta inédita, destinada al proyecto de libro, que Juan Ramón siempre tuvo en mente, y que, como tantos otros, las circunstancias y sus múltiples recaídas en la enfermedad, frustraron. Hablamos de «Monumento de amor», el homenaje a su esposa y hada madrina, en esa epístola del 2 de enero de 1952, cuando Zenobia está en el hospital de Boston, operada de un cáncer de matriz, su marido escribe: «¡Cuánto vales, Zenobia mía, que yo no merezco más que porque sé como nadie lo que vales en cualquier sentido!»

Aquí está la clarividencia y honradez del poeta, que se sabe beneficiario de un tesoro único, y tiene la sensibilidad de disfrutarlo y reconocerlo. Ella ha sido y es todo para él, hombre y poeta, y ante su enfermedad, él, dominado por el miedo a perderla, y con la angustia consiguiente, escribe los poemas de *De ríos que se van*, cuyo título evoca a Jorge Manrique, el autor que ella pide en el hospital, en 1951, cuando cree que puede morir en o después de la operación, *Las coplas*, que el sacerdote italiano de la clínica no le consigue, y de las que espera la conformidad estoica y cristiana necesaria. Cuando sale del quirófano y se siente cada vez mejor, dice que ya no son necesarias, puesto que «la Dama de Negro se ha alejado». *De ríos que se van* comienza con un poema, del que Juan Ramón le envía varias versiones en una carta al Massachusetts General Hospital de Boston, variantes entre las que ella elige la definitiva, pues Zenobia ejerce también como la primera y principal crítica literaria del poeta:

¡Sólo tú más que Venus,

²⁷ *La Torre. Revista General de la Universidad de Puerto Rico* 1957, Año V, Núns. 19-29, Julio-Diciembre, p. 13.

puedes ser
estrella mía de la tarde,
estrella mía del amanecer!

El segundo poema de *Ríos...* «Sobre una nieve» Termina: «Por mi parte quedó la eternidad para más tarde; y ella salió, como me dijo, por la otra boca del pensado túnel». En el último y séptimo poema, «Este inmenso Atlántico», el mar es el espacio de la vida y del amor, relacionado con Zenobia, desde que abandonando toda aprensión (los submarinos alemanes de la Primera Guerra Mundial), Juan Ramón se embarca hacia Nueva York para casarse. Con ritmo de copla andaluza termina el poeta los poemas de ese libro escalofriante, donde Zenobia está en cuerpo («Sobre una nieve», «Nuestro ser de ilusión», «Mirándole las manos»...) y en alma («El color de tu alma», «¡Yo lo quiero, ese oro!», «Fuego único»...) y, por fin:

Con tu voz
Cuando esté con las raíces
llámame tú con tu voz.
Me parecerá que entra
temblando la luz del sol.

Ritmo de coplas y de correr de agua («Mi Guadiana me dice») que ella recoge y disfruta, sabiéndose la inspiradora total. Pero si volvemos a la carta del 2 de enero, el poeta lo dice bien claro: ella ha transformado la escritura de Juan Ramón con su inspiración y la abertura espiritual a la poesía anglosajona. Él ha ido por ella hacia la poesía pura, hacia la hondura y sencillez formal, que Zenobia le pide en el epistolario. Juan Ramón lo sabe y le escribe en la carta antedicha:

Para mí has sido revelación de lo mejor y en mis libros está esa revelación por todas partes. No hay más que leer lo que escribía luego y antes de conocerte.

Estas palabras merecen un análisis detenido, pues Zenobia fue el catalizador que hizo avanzar al poeta hacia un vitalismo que se desprendiese de los últimos coletazos del tono elegíaco. El primer reactivo había sido el encuentro con Giner y su ética de acción social mejoradora. Con Zenobia encontrará la alegría y la afirmación vital y

poética que rechaza la tristeza de *Laberinto* como algo que no hace bien a nadie –le dice ella. Él, asumiendo su juicio, se lanza hacia una poesía pura, conforme con el ser y el estar, en armonía también con el vitalismo orteguiano. En esto va a influir mucho el conocimiento de la poesía anglosajona, al que él estaba inclinado por el aprecio que se hacía de ella en la ILE, y en el que profundiza con la ayuda de su mujer. A la recíproca, también es verdad que los múltiples e innegables méritos de Zenobia necesitaban en su desarrollo las circunstancias de precariedad económica y la sensibilidad del poeta para reconocerlos y potenciarlos, con su amor por ella. Amor que era respeto por lo excelente, admiración por su gracia, su bondad, su audacia y sus múltiples capacidades. Él, mejor que nadie, sabía que Zenobia, en la sociedad española de su época, era el mirlo blanco, el talismán de la alegría para su tristeza congénita. Y la prueba de que lo reconoció así, desde el momento mismo en que la conoció, fue el largo *vía crucis* del cortejo, doloroso camino, que aceptó con ahínco y empecinamiento de héroe. Las *estaciones* de la *vía* estaban jalonadas por la rotunda negativa de los Camprubí, sobre todo, de la madre, doña Isabel Aymar, desde el momento en que supo que las intenciones del poeta excedían las de una visita amistosa y culta, que a ella misma le agradaba. Juan Ramón como tertuliano en las reuniones sociales de los Camprubí era bienvenido, otra cosa era que pretendiera a su única y amada hija, cortejada por un magnate bostoniano...

Antes de casarse, el poeta de Moguer había publicado 18 libros de poesía y escrito mucho más. Zenobia se caso con un poeta, pero ella lo fue mejorando, propiciando el altísimo nivel de la poesía desnuda y los hallazgos vanguardistas del *Diario de un poeta recién casado*; el conocimiento de la poesía anglosajona, rumiado en las traducciones de Shakespeare, Blake, Tagore, Synge, no impide la prosa neobarroca y deslumbrante de *Españoles de tres mundos*; ni la lealtad al verso corto y tradicional de *Canción*, pero hace posible todo lo que escribió en América, cuya síntesis es *Animal de fondo*, *Espacio*, y los conmovedores poemas de *De ríos que se van*.

Si en la obra Zenobia fue vela y brújula, en la vida, lo fue todo: sin ella, el Juan Ramón hipersensible y enfermo crónico, de varias dolencias del cuerpo y del alma, no hubiera alcanzado la longevidad que para su época significaban los 77 años. Se hubiera muerto mucho antes,

asediado por las dificultades materiales y la melancolía, convertida en depresión nerviosa. Tampoco hubiera escrito la inmensa obra, que exigía tener cubiertas las necesidades materiales, ni hubiera recibido el Premio Nobel, pues fue Zenobia con su simpatía, quien captó y dirigió hacia él la atención del Claustro de Maryland; quien eliminó toda dificultad en la relación con los compañeros de docencia, como Graciela Palau de Nemes, tan importante en ese logro; con los profesores de otras universidades; los críticos y editores, a quienes ella escribió incansable, hasta más allá de sus fuerzas. Zenobia era el oxígeno y la alegría vital para Juan Ramón que, cuando ya siente el triunfo de tenerla, después del difícilísimo cortejo, se dirige lúcido y contento a la conquista de la poesía desnuda, necesaria para vencer a la muerte, su tercera presencia. Zenobia es consciente de ser su inspiradora y, cuando en 1951, va camino del hospital de Boston, quiere llevarse *Estío*, libro escrito en el largo noviazgo de los dos, empapado del sentimiento y sufrimiento del amor, y entonces le dice a su marido en una carta:

En vez de leer *Animal de fondo*, estoy leyendo *Estío* y sintiéndome tan joven como entonces (...) «Para quererte, al destino / le he puesto mi corazón.»²⁸

En los *Sonetos espirituales*, escritos también en esa época previa al noviazgo, el poeta logra expresar su mal de amores de forma magistral. La dedicatoria a Federico de Onís no impide la cita shakespeariana de Dante Gabriel Rossetti, que es todo un mensaje críptico de amor, donde el prerrafaelista inglés identifica el soneto con un monumento contra la muerte.

A sonnet is a monent's monument,
Memorial from the Soul's eternity
To one dead deathless hour.²⁹

²⁸ Son los dos primeros versos del poema núm. II, de *Estío*, el libro gestado en pleno noviazgo del poeta con la que había de ser su esposa y, aunque la dedicatoria explícita sea para Azorín, el poemario está impregnado del sentimiento amoroso y de la inspiración que ella le provoca. Fue publicado en 1916, año de su boda, de ahí la alusión de Z., a la juventud, y al amor.

²⁹ «El soneto es el monumento a un instante, ya pasado; un recuerdo desde la eternidad del alma para inmortalizarlo». Más literal sería: «Un soneto es el monumento de un momento / Homenaje desde la eternidad del alma / Para la inmortalidad de una hora muerta».

Consciente o inconscientemente, J. R. guardaría esta identificación soneto (poesía) = mujer amada, ambos potentes antídotos contra la “dama de negro”, y atesoraría este sintagma mítico como título para el homenaje definitivo que pensaba hacer a su esposa: el libro «Monumento de amor». En el soneto II, «Primavera» ella está vista como el renacimiento de la vida, en unas metáforas (rosa, brisa, lumbre, paz) y una perfección expresiva digna de San Juan de la Cruz. En el III, también está «la ingrata», en el reproche y la amenaza de ser responsable de su mala conducta («Y haré lo que se hace entre la sombra»). En el V, «Ojos celestes» («Yo creí que el color azul del cielo / bajaba a veces a la tierra oscura», el VI, «Guardia de amor» («Pongo mi voluntad en su armadura / de dolor, de trabajo y de pureza»), el XV «Retorno fugaz» («¿Cómo era, Dios mío, como era? / -¡Oh, corazón falaz, mente indecisa!»), el XVI, «Mujer celeste» («Trocada en blanco toda la hermosura / con que ensombreces la naturaleza»).

La seguridad de la posesión de «la elegida» hace brotar los poemas del *Diario de un poeta recién casado*, el libro que abre la puerta de la vanguardia en la poesía española. En el Diario, la dedicatoria es para Rafael Calleja, pero Zenobia está implícita en el contenido, al bautizar el autor su libro como «esta breve guía de amor / por tierra, mar y cielo». El poeta puede sentirse ya tranquilo y alegre para dedicarse a crear y recrear la belleza porque:

Mientras trabajo, en el anillo de oro
puro me abrazas en la sangre
de mi dedo, que luego sigue, en gozo,
contigo, por toda mi carne.

¡Qué bienestar! ¡Cómo mis fuertes venas
de ti van, dulces, embriagándose, cual de una miel celeste que tuviera
la luz de los eternos cálices.

Mi corazón entero pasa, río
vehemente y noble, bajo el suave
anillo que, por contenerlo, en círculos
infinitos de amor se abre. (Poema III).

Zenobia está en todo lo que ve el autor: «... me pareces Giralda –igual que ella, alegre, fina y rubia- / mirada por mis ojos negros –como ella-, / apasionadamente!» (XVIII). La presencia de la elegida

vive en el pronombre y en el sentimiento, no directamente, porque ella tiene la «gracia sin nombre ni apellido», el color y la alegría de un día alegre y soleado camino de Moguer (XII). Es también la fortaleza («¿Tan finos como son tus brazos, / son más fuertes que el mar!») (XXVII) y, en el CLX exclama:

(...) Nunca ya construir con la masa ilusoria.
pues que estoy en la gloria,
ya no hay más que vivir.

En el viaje de vuelta dice: (CLXVI) «¿El mar acierta!?»: «hoy el mar ha acertado y nos ofrece una visión mayor de él que la que teníamos de antemano, mayor que él hasta hoy», el mar naturalmente ya posee el contenido de la compañía amorosa.

Eternidades se abre con el lema: «amor y poesía / cada día» y va dedicado por el autor «A / mi mujer» y, en fin, el último libro que publicó Juan Ramón en España, *Canción*, fue un homenaje a Zenobia, explícitamente expresado en la dedicatoria: «A / MI MUJER / ZENOBIA CAMPRUBÍ AYMAR / A QUIEN QUIERO Y DEBO TANTO / ESTAS CANCIONES QUE LE GUSTAN / Y TANTAS DE LAS CUALES HA ANTICIPADO Y CONFIRMADO / ELLA / CON SU ESPÍRITU, SU BONDAD Y SU ALEGRÍA». Precisamente, de este libro que supo le pertenecía, Zenobia eligió el poema «La flor tú», lo enmarcó, y lo mantuvo siempre a la vista. La composición desarrolla libremente la técnica de la soleá, que aquí contradice la tradición de su nombre para hacerse canción de amor y dicha. Su última estrofa, dice:

Ten esta flor, la flor
del costado del torreón.
¡Qué feliz es su olor!

La *Tercera antología poética* es, como se sabe, la última obra en que trabajaron juntos. Juan Ramón rebosa gratitud amorosa en la dedicatoria, «A Zenobia de mi alma», y, cuando le piden una fotografía, el poeta envía una de su mujer, tomada póstumamente al retrato de Sorolla, de la Sala de Puerto Rico, con unas rosas amarillas, elegidas por Graciela Palau de Nemes. La última parte de la *Tercera Antología*, «De ríos que se van», escrita, como hemos dicho, por el poeta desconsolado e inquieto en 1951 es ya como una autonecológica lírica de los dos; la elegía a la mujer amada.

LA LÓGICA YERRA

Pero para que el poeta llegase hasta aquí fue necesaria una fe inquebrantable en el éxito final, convicción que se mantuvo contra viento y marea, incluso en los momentos más críticos, cuando Zenobia, crucificada por las dos fuerzas centrífugas (el amor filial hacia su madre, y el que comenzaba a sentir por Juan Ramón) decide sacrificarse y rompe con el pretendiente en 1914. Doña Isabel es intransigente con respecto al novio, se niega a aceptarlo, y esa negativa permanecerá en el tiempo prematrimonial con la rigidez acerada de sus potentes razones. Todavía días antes de la boda, ya decidida, de su hija con el indeseado candidato, la madre de la novia escribe a una amiga íntima, María Coderch, y se desborda en confidencias sobre el remordimiento de madre, que le atenaza el alma. Reproduciremos una larga cita por el enorme interés que tiene para nuestro tema:

Lo que he sufrido y sufro no es decible, aunque en todo esto no tengo más que un regret³⁰ y un remordimiento. / Primero: no haberme venido con mi hija a los E. U., cuando hará dos años me suplicó que la trajera acá. Aparentemente dejé aquel viaje por temor a los submarinos³¹ –en realidad porque mi marido se oponía (...) Haber permitido que la lástima que me inspiraba un ser que creía y creo, perturbado, haya sido causa de falta de dureza en mí, que tal vez le hubiera alejado de mi hija, por más que, más clara no pude estar con él, diciéndole lo que era y es verdad –que preferiría ver a mi hija muerta a verla esposa suya.³²

Y sigue doña Isabel exponiendo ahora los argumentos que avalan tan trágica y *contra natura* afirmación:

³⁰ En francés, ‘pena causada por la pérdida o ausencia de alguien querido’, ‘Arrepentimiento’

³¹ Estaban en plena Gran Guerra, y los submarinos alemanes hundían los trasatlánticos de los aliados, como hicieron con el Sussex el 24 de marzo de 1916, en el Canal de la Mancha, cuando los Granados (el músico amigo y su esposa Amparo) regresaban de Nueva York donde disfrutaron el éxito de su obra, *Goyescas*.

³² Archivo Familia de J. R. J.

Al oponerme al enlace de mi hija sé que perderé su cariño, pareceré dura y egoísta y tal vez todo mi esfuerzo será en vano, pero también sé que ceder sería abandonar una lucha por salvarla de males indecibles. Conozco a J. R. bien a fondo y también conozco a mi hija. Al primero hasta le tenía cariño. Su neurastenia, su sufrimiento, todo apelaba el instinto materno en mí hasta que su vanidad, su intenso egoísmo y sobre todo su falsedad³³ destruyeron mi cariño por él aunque no mi lástima (...). J. R. J. tiene una imaginación desordenada al punto que no sabe si dice verdad o mentira, además de lo cual, siendo de un carácter sumamente débil torna de lo que le rodea y como lo expresó una amiga de Zenobita —«cuando está con ella es un reflejo de ella. Esto y su lástima la han engañado»- (...) No hay que confundir la terquedad con la firmeza. J. R. J. me ha dicho que no tiene religión, pasaría por eso aunque con dolor; pero además me ha dicho a mí, que no tiene reglas de conducta, porque lo que uno siente está bien. Un hombre que ha pasado dieciséis años de su vida escribiendo treinta y tres tomos de poesías que en general sólo describen sensaciones sin aspiraciones ni ideas, ¿le parece a usted bien calculado para ser esposo y padre? Ahora consideremos esto bajo un punto de vista práctico, del cual no me había ocupado hasta ahora por venir, a mi modo de sentir, en último término. Literato de más o menos mérito, depende del éxito de sus obras, por una parte, por otra, vive libre de gastos (según él me dijo) en la Residencia de Estudiantes, no sé si por editar los libros de esa institución o en qué capacidad: además, parece tener ocupación en la Casa Calleja. / ¿Cree usted María, que después de casada sería posible que mi hijita, que no es robusta, siguiera escribiendo con él y encantándolo, habiendo tenido antes que ocuparse de cosas que no ha hecho en su vida y que rendida por trabajos materiales e inquietudes, llegara a todo?

Continúa la señora Camprubí comunicando a su amiga que Juan Ramón se ha torturado a sí mismo toda la vida, que la felicidad le

³³ Dña. Isabel se refiere aquí al hecho de que el poeta había dicho a Zenobia que tenía un sueldo en la Residencia, aun antes de que eso fuese verdad, pues tal cosa no ocurrió hasta septiembre de 1915. El poeta tenía la promesa de tenerlo y adelantó el acontecimiento a sabiendas de que sería razón de peso para ser aceptado. Pero nunca mintió en lo fundamental: su intenso amor por Zenobia.

durará días y entonces «en vez de un desgraciado tendremos dos vidas destrozadas». Cree que un hombre a los treinta y cinco años ya no cambia y que Zenobia tendrá que hacer en ese matrimonio «de madre y padre al mismo tiempo» / «Más pienso en todo esto y más claro veo y comprendo que es un sagrado deber oponerme a que se inmole mi hija, sin por eso asegurar la felicidad de ese desgraciado. Así pues, jamás daré mi consentimiento».

Sin embargo, y a pesar de estas rotundas palabras, doña Isabel Aymar de Camprubí había de terminar queriendo mucho a su yerno y ayudándolos a los dos en sus momentos de dificultades económicas, que fueron abundantes. La madre de Zenobia era una mujer culta y sensible, de las que Juan Ramón admiraba, y el poeta, muy temperamental pero nada rencoroso, la quería de verdad y la asimilaba a Zenobia. Además, él comprendía sus razones de madre que trata de proteger a su hija, pero a pesar de la lógica de los razonamientos de doña Isabel, Zenobia se arregló para ser feliz y hacer feliz a su marido en toda circunstancia, salvo en los momentos que la muerte de los seres queridos o sus propias enfermedades se lo impidieron. Es muy probable, casi seguro que, sin su mujer, el poeta no pudiese desarrollar una obra tan fecunda y honda, pero también es cierto que si ella se hubiese casado con uno de sus pretendientes norteamericanos opulentos, Henry Sattuck, por ejemplo, no hubiese vivido las circunstancias que le llevaron a un crecimiento personal continuo, a hacer estudios reglados de bachillerato y licenciatura pasados los cincuenta años, a ser profesora de universidad, a realizar una serie de gestiones, transacciones, empresas y negocios en los que desarrolló una personalidad autónoma que brilló con destellos personales, pese a estar al lado del potente foco juanramoniano.

ENCUENTRO

Gracias a estos centros, derivados de la ILE, Zenobia y Juan Ramón pudieron conocerse. Él vinculado a la Residencia por afecto y admiración devota a Giner, y por amistad con Alberto Jiménez Fraud, su director, quien le invita a vivir en ella para que dé ejemplo poético a los jóvenes, y eso hará, desde febrero de 1913, además de dirigir las publicaciones de la casa que crecieron en número y

prestigio desde que estaban a su cargo. Ella, Zenobia, asidua de los cursos del Instituto Internacional y de las actividades culturales de la Residencia, en una de cuyas conferencias durante el curso de verano para extranjeros de 1913, conoció al poeta. Era el segundo año de los Cursos de Vacaciones, organizados por la Junta para Ampliación de Estudios (del 25 de julio al 5 de agosto) y la conferencia a la que asistieron se titulaba «La geografía de España y su relación con la literatura», en la que Cossío, el ponente, habló de La Rábida, lugar mítico para los dos, donde estuvieron a punto de conocerse. No es casual que «la americanita» y el poeta se encuentren en el acto cultural de un centro caracterizado por el cultivo del arte y la ciencia al máximo nivel. Es más bien causal, pues la formación y las circunstancias vitales de ambos favorecieron, como veremos, esa aparente coincidencia.

Juan Ramón buscaba, en estado de alerta, la mujer con quien ir hacia el ideal y como un zahorí avezado, la encontró al primer temblor. No lo tenía fácil, pero era el poeta y el hombre que amaba lo difícil y lo conseguía. En un texto de *La corriente infinita* declara:

Ni puedo estar de acuerdo con los poetas materialistas que aseguran que el hombre debe limitarse a lo material, y que ponen como límite el canto del amor material conseguido, en el que para mí empieza lo ilimitado (...) Yo gozo de lo material como el que más, pero lo material no me ha limitado nunca ni me ha satisfecho, por ventura mía. El amor no es nada para mí, si no es el cambio de dos infinitos por enlace material.³⁴

ZENOBIA: LA DEFINITIVA.

Este enlace, que sabe muy difícil, «el cambio de dos infinitos por enlace material», es lo que consigue con Zenobia, la mujer que había nacido en Malgrat de Mar (Barcelona), durante uno de los veraneos de su familia (¡Tangará catalana!, le llamará admirativamente Juan Ramón) el 30 de agosto de 1887. La niña era frágil, rubia y con los

³⁴ JIMÉNEZ 1981, «Sobre mis lecturas en Argentina», *Antología general en prosa*, p. 764.

ojos azules. Le llamaron Zenobia Salustiana Edith. Zenobia Lucca era su abuela materna con la que vivió en estrecha relación hasta sus ocho años, momento en que la trasladaron del cuarto donde dormía con ella, debido a la enfermedad y muerte de la anciana. La nieta mantendrá siempre un gran afecto y gratitud por quien la introdujo en el mundo de la literatura, haciéndole leer una estupenda selección de cuentos de varias tradiciones, cuestión de extrema importancia para quien había de seducir al mayor poeta español de su siglo, y que ella recuerda emocionada:

La segunda habitación que disfruté, la disfruté de veras. Dormía en una camita junto a la gran cama de mi abuela (...) En mi cuarto instaló mi abuela mi primera biblioteca y me hizo amiga, antes de los ocho años, de todos los dioses del Olimpo y de los legendarios mortales que surgen de las páginas de La Iliada y La Odisea.³⁵

Su nombre, Zenobia, de tradición familiar materna, aludía a la legendaria reina de Palmira, mujer inteligente e independiente, que logró sortear con éxito los peligros y la codicia de los reyes limítrofes, y ya viuda y sola extendió las fronteras de su reino desde el Éufrates hasta el Mediterráneo, en una sociedad de hombres, caravanas, codicia y brutalidad. Allí logró crear una sociedad, hasta entonces utópica, donde reinaban la tolerancia y la libertad, hasta que, a finales del siglo III, los ejércitos de Aureliano retoman la colonia rebelde y llevan a Zenobia prisionera a Roma, exiliada en una villa próxima. Si los antiguos creían en el influjo del nombre sobre las personas, en el caso de la mujer de Juan Ramón algunos aspectos se cumplen: Como su tocaya, Zenobia será inteligente, generosa, digna, amante de la libertad y el respeto para la persona, con gran capacidad de iniciativa, enorme inteligencia emocional, y una bondad de base y raíz. Virtudes procedentes de una educación por vía femenina: su abuela, primero; su madre, después, le transmitieron en casa el legado que habían recibido de sus antepasados, los Aymar, una muy próspera familia norteamericana, descendiente de hugonotes, huidos de Francia en las persecuciones religiosas del siglo XVII.

³⁵ CAMPRUBÍ 2006, *Diario 2*, p. 320.

Se llamó hugonotes a los protestantes calvinistas franceses en los siglos XVI y XVII. El origen de la palabra, que se les adjudicó despectivamente, parece proceder de los protestantes de Tours, quienes se reunían en la noche cerca de la puerta del rey Hugo, anécdota que sirvió a un fraile para que les llamase *hugénots*. Los hugonotes comienzan en Francia cuando se publica en París la obra de Jacobus Faber Stapulensis, *Sancti Pauli Epistolae XIV ex Vulgat: adiecta intelligentia ex Graeco, cum commentariis*, en 1512, donde se enseñaba la doctrina de la justificación religiosa por la sola fe. Entre los hugonotes, discípulos de Lefèvre d'Étaples del círculo de Meaux, destacan Guillermo Farel y otros, pero el verdadero cerebro de este movimiento sería Juan Calvino, francés que pese a que dedicó su obra, *La institución de la religión cristiana*, al rey de Francia, Francisco I, en 1534, luego, perseguido, tuvo que refugiarse en Ginebra. Calvino, de personalidad rígida e intransigente, defendió en Ginebra la recién implantada doctrina protestante, que continuaba la reforma iniciada por Lutero en Sajonia, con métodos propios de la república teocrática que fundó cuando, en 1541, se instaló definitivamente en la ciudad. De este modo, la que se llamó Nueva Roma Protestante, vio actuar a Calvino como estricto Papa de la Reforma, donde todo opositor, considerado hereje, debía morir en la hoguera, como nuestro compatriota Miguel Servet. El hecho de sentirse rodeados de países católicos, tanto en Ginebra como en Francia, hizo vivir a los calvinistas la debilidad de su reciente incorporación al protestantismo, en que cualquier disidencia podía estrangular el arraigo de la nueva fe y favorecer la victoria de los católicos. Por eso, tanto en Ginebra como en Francia, los calvinistas, reaccionaron hacia un fundamentalismo religioso que contradecía su origen y provocaba enfrentamientos con la autoridad católica.

En el primer Sínodo de la capital de Francia, celebrado en 1559, bajo la presidencia del Pastor de París, Francisco Morel, los hugonotes pidieron reformas religiosas, y se publicó una Confesión de Fe y un Código de la Iglesia Reformada, armas con las que se convirtieron en una poderosa fuerza política. Captaron a algunos importantes disidentes del partido de la reina regente, Catalina de Médicis, entre ellos los príncipes de Borbón, y entonces, con gran audacia, ocuparon iglesias para el culto calvinista, lo que provocó

la persecución. Se les rechazó y persiguió cruelmente durante el último tercio del s. XVI (entre 1562-1598). Incluso Enrique IV, rey de Francia, casado con Margarita de Valois, tuvo que abjurar de su fe de hugonote, para salvar su vida («¡París bien vale una misa!»). Y antes, durante la llamada Matanza de San Bartolomé el 24 de agosto de 1572, genocidio en que se estima murieron asesinados muchos miles de hombres, mujeres y niños en una sola noche, en distintas ciudades en el entorno de París. Cuenta Felix Benlliurer en su libro: *Los hugonotes, camino de sangre y lágrimas*³⁶, que cuando el sol se levantó el 24 de agosto del año 1572.

Habían muerto asesinados unos veinte mil hugonotes. En las calles todo era un tumulto impresionante, desorden y carnicería. Arroyuelos de sangre corrían por las calles; cadáveres de hombres, mujeres y niños estorbaban delante de las puertas; el populacho corría detrás de los asesinos que mutilaban a los hugonotes, les arrastraban atados con cuerdas por el barrizal y la sangre para ser también partícipes de esta fiesta de caníbales.

Aunque el rey Enrique IV, convertido al catolicismo, procuró ayudarlos durante su reinado con el Edicto de Nantes (1598), las Guerras de Religión duraron desde 1559 hasta 1598, casi cuarenta años por la debilidad de la dinastía Valois, ya en decadencia. Aunque el reformismo religioso tenía fuerte arraigo entre los aristócratas, coordinado desde Ginebra por Calvino, Luis XIV revocó el Edicto de Nantes para reiniciar la persecución a partir de 1685. Los cardenales Richelieu y Mazarino intentaron conversiones forzadas, sin éxito. Se inició entonces una diáspora de setenta mil personas para establecerse en Berlín, Países Bajos, Inglaterra y sus colonias, sobre todo, en EE.UU. Naturalmente, el hecho suscitó muchas críticas entre los espíritus libres, Voltaire se supone autor de una censura a esta medida, con un artículo, publicado en la *Enciclopedia*, «Refugiado», donde dice: «Luis XIV, al perseguir a los protestantes, ha privado a su reino de más de un millón de hombres trabajadores».

³⁶ BENLLIURER 2006, p. 94.

Entre los que emigraron a América a finales del XVII estaba el antepasado de Zenobia, Jean Aymar o Eymar, que se quedó en lo que hoy llamamos Nueva York. Pues el primer asentamiento francés en EE. UU. fue hugonote: Fort Caroline, en 1564, destruido al año siguiente por los españoles de San Agustín de la Florida. A pesar de todo, los protestantes franceses se organizaron en colonias independientes de Francia y, parte de ellos, contribuyeron a fundar la ciudad de Nueva York y los llamados, Nuevos Países Bajos Holandeses. Liderados por Louis Dubois, compraron a los nativos tierras, desde el Hudson hasta las montañas, y siguieron prosperando, incluso después de que los ingleses controlaran el río y la actual Nueva York.

Las virtudes de los hugonotes son, sin duda, la tolerancia, con la que nacen, para huir de la rigidez de la disciplina católica y sus jerarquías; su creencia intimista; su laboriosidad; la disciplina, sus ideales humanitarios, y el puritanismo. Con las virtudes calvinistas, consiguieron una gran influencia entre las clases más cultas, la aristocracia y la universidad, pese a ser minoría. Ya que, aunque Lutero creó la Reforma protestante, fue Calvino, un hugonote, quien la sistematizó con su doctrina del Espíritu Santo, su don de la gracia, y su teología cultural, donde la música era el arte más importante, al servicio de la religión y del canto en lenguas vernáculas. Los hugonotes siguieron la teoría de la felicidad social y la libertad humana, que luego concilió, en el s. XIX, dosis de panteísmo y de evolucionismo darwiniano, con el cristianismo purificado, en una forma de religiosidad que inunda todos los actos de la vida. De esta fe sale una mayor inclinación al racionalismo económico y un sentido del negocio que no considera mala la riqueza, sino el uso que se haga de ella. Todas estas ideas las practica Zenobia, como sabe quien conozca su biografía. La mayor parte de los primeros hugonotes eran monjes, comerciantes, industriales, y artesanos. Por eso los sociólogos expertos califican su éxodo del s. XVII como el semillero de la economía capitalista, por su espíritu de laboriosidad, inmerso en una creencia atemperada en las virtudes de la libertad, la piedad individual y el comercio³⁷. Efectivamente, la ética protestante del trabajo, en contraste con la visión católica

³⁷ Ver: Max Weber 1991.

del mismo como castigo bíblico, provoca el capitalismo moderno, heredero del dogma calvinista de la predestinación, que suponía una humanidad de elegidos de Dios, y la otra, abocada a la condenación eterna. El elegido, el santo, debía actuar conforme a la fe y su conducta sería metódica, constante, y racionalista, para poder elevarse al estado de gracia de esos pocos, rechaza los votos católicos de obediencia, pobreza y castidad, y crea un marco religioso que incita a la acción incansable. Por primera vez en la historia del Cristianismo, se levanta el veto contra el exceso de lucro y las consecuencias son la hegemonía industrial de los países protestantes.

La mujer de cultura calvinista es puritana en cuestiones de amor y sexo, pero se empeña en su realización personal, como Marianne Weber (1870-1954), esposa del filósofo economista y sociólogo alemán, Max Weber (1864-1920) de origen hugonote, que (como Zenobia, su contemporánea, de sólo siete años menos) se arregló para realizar su obra en los momentos que le dejaban libre las enfermedades nerviosas del marido. La más conocida de sus publicaciones es *Esposa y madre en el desarrollo jurídico*, de 1907, donde ataca el patriarcalismo del matrimonio coetáneo. Mujer luchadora y feminista que nos recuerda a Zenobia, quien también dejó constancia en sus diarios y riquísimo epistolario de su propia vida y la de su marido. Ambas eran descendientes de hugonotes y habían sido educadas en un ideal ético como norma que se debe seguir en toda circunstancia, aun a costa de la felicidad. Por eso «la americanita» somete sus decisiones a la «conciencia», modo de llamar a ese imperativo ético. En un poema en prosa de Juan Ramón, probablemente inédito, escrito seguramente en los momentos duros del prenoviazgo, dice:

*Me habías hablado tanto de tu conciencia, que yo, inocente idealista, había llegado a creer y a esperar firmemente en su luz, como los niños creen y esperan en Dios el cielo.*³⁸

La conciencia significa, en este caso, la educación recibida en el amor a la verdad, al valor del esfuerzo, la tenacidad, el orden,

³⁸ Archivo Histórico Nacional. Caja 30, 291/13.

virtudes necesarias para cumplir las tareas del deber. Ética que rige la vida de Zenobia en sus papeles de hija, amiga, y esposa. En este último, añadido al amor y admiración que sentía por su marido, explica muy bien la conducta, muchas veces heroica, de «la americanita».

Ernestina de Champourcin, que la trató en ambas orillas del Atlántico, se pregunta:

A veces he pensado en la influencia de Zenobia en algunas ideas expuestas por el poeta en el tema del trabajo, ya que ella le dio desde el comienzo de sus relaciones un ejemplo continuo de tenacidad y perseverancia en todo lo que emprendía, aunque no buscara la altura poética tangible de Juan Ramón. Aunque fue siempre en su campo un trabajador nato, ¿no consolidó sencillamente ella, con su modo de ser y obrar, esa tendencia, poco materializada en otros escritores de auténtica valía?³⁹

Naturalmente que sí, afirmamos nosotros, Zenobia reforzó una tendencia innata en el poeta, asumida como un deber al contacto madrileño con Giner de los Ríos. Estamos seguros de que ella era la elegida, precisamente, en armonía con esa ética.

ANALOGÍAS. CAUSALIDAD

La mayor parte de las virtudes descritas son análogas a las practicadas en la ILE, con su moral del trabajo, contraria al señoritismo, su responsabilidad social, su religión intimista y su ética. Este era el ambiente que absorbió el poeta en su juventud madrileña bajo la dirección espiritual del admirado maestro, don Francisco Giner de los Ríos. En la Institución se hacía una vida casi monacal en lo material, pero refinada espiritualmente: se trabajaba de un modo estajanovista, se practicaba la frugalidad y la sencillez en la comida, se viajaba en la tercera clase del ferrocarril, se daba al dinero un valor ético, por la cantidad de ayuda social

³⁹ Champourcin 1997, p. 131.

que podía provocar, se valoraba la buena educación, el deporte, el amor a la naturaleza y al arte. Uno de sus estudiosos, don Vicente Cacho Viú, precisamente, atribuye a las primeras generaciones de krausistas una moral de cuáqueros, otra de las organizaciones norteamericanas, dedicadas a mejorar la sociedad en que viven con una ética de austeridad que ayudaría a los humanos en muchos de sus conflictos.

Por todo esto, vemos que el encuentro: flechazo unilateral y seducción encarnizada de él-coqueteo inicial, huida relativa, y entrega seducida de ella, sólo son casualidad en el tiempo del encuentro, fortuito y preciso: Julio de 1913. Podía haber sido antes, en La Rábida, o después, en cualquier acto cultural madrileño; pero el espacio donde coincidieron no fue casualidad, la Residencia de Estudiantes, lugar de cultura y responsabilidad social, elegido y admirado por ambos. Y no fue casual que Juan Ramón, rendido ante «la americanita» desde el primer momento, aguantara con un estoicismo senequista los desplantes y enfriamientos de la amada, durante más de dos largos años de meritoriaje, con fe de cruzado y astucias de florentino. Esto, añadido a la verdad de su amor y al heroísmo de la constancia que, junto con el objetivo común de las traducciones, y la belleza conmovedora de la escritura juanramoniana, lograrían el triunfo siempre vislumbrado. Ella, al fin, comprendió y aceptó su destino de hada bienhechora para el poeta frágil y fuerte a la vez. Destino cumplido en una obra poética, de los dos, si hemos de creer al poeta.

Tampoco fue casual la convicción determinada de Juan Ramón. Él supo inmediatamente que ella era «la del hilo de oro», anécdota que compartió el poeta de joven con el doctor Almonte, al que le decía que su mujer ideal debía bajar del cielo en un hilo de oro. Zenobia poseía infrecuentes virtudes, que heredó por vía de matriarcado. Fue su abuela quien la enseñó a leer en inglés y español. Le inculcó también los valores que reinaban en las instituciones educativas americanas a las que asistió. En 1896, a los nueve años, hace su primer viaje con su madre y hermano José a los EE. UU. Al año siguiente, se trasladan a vivir a Sarriá por recomendación médica para curar la fiebre de la niña lejos de la ciudad. Allí intimaría con María Muntadas, cuyos padres son amigos de los suyos. Con ella formará en 1900, a los 13 años, una sociedad, de título significativo:

«Las abejas industriosas». Al año siguiente, la familia se traslada a Tarragona, ciudad, de la que Zenobia guarda buenos recuerdos. Aquí conoció a Henry Shattuck, amigo invitado por su hermano José, abogado de una ilustre familia de Boston, que se enamoró de ella para siempre. Un día visitan con su huésped el monasterio de Poblet y la adolescente escribe su emoción artística:

Aquellos claustros, aquellos refectorios, la escalera del rey Martín (por la que no nos dejaron subir) y que terminaba en un portalón románico cerrado... Y como si esto no fuera bastante para un solo día, el estudiante norteamericano me dijo, muy grave, que no me podía tutear porque yo era ya una señorita...⁴⁰

La joven enseguida manifiesta su deseo de escribir. Estaba suscrita a una revista de Nueva York, titulada *Sant Nicholas. Illustrated Magazine for boys and girls*, donde se estrena enviando cuentos sobre su propia experiencia o la de su familia. A la vuelta de EE. UU., desde 1910 a 1912, redacta: «Valencia, la ciudad del polvo, donde Sorolla vive y trabaja», sobre su vida, no muy afortunada en la ciudad del Turia, adonde habían destinado de nuevo a su padre. La joven confiesa que allí: «No conocía a una sola niña de mi edad. Una vida hacia dentro y por únicos compañeros: mamá, Epi y los libros»⁴¹ y es desde allí donde su madre huye con sus hijos a Francia por miedo a una venganza de los acreedores de su marido. Esto provoca una crisis conyugal entre los Camprubí que hace a los esposos separarse amistosamente. Doña Isabel se va con su hija y Epi a los EE:UU en 1905 y no vuelven hasta 1909. La joven desde España, recuerda con nostalgia su vida en América, y años más tarde escribirá:

Dos ventanas desde lo alto sobre el Hudson. Epi en la escuela completamente curado; yo preparándome con una profesora para ingresar en la universidad. Raimundo ya en ella. Yoyó trabajando en Nueva York, pasando los fines de semana con nosotros (...) el río helado en invierno, azul en verano (...) En la

⁴⁰ Zenobia Camprubí, Vol. 2, p. 324. Epi era el apelativo familiar de Augusto Camprubí, el benjamín de la familia.

⁴¹ Zenobia Camprubí, Vol. 2, p. 325.

*primavera alquilamos una casita en Flushing (...) Mi cuarto era pequeño de esquina y ambas ventanas de cortinas blancas daban sobre los árboles y praderas de un pueblo tranquilo, moderno, y lleno de gente joven que acudía, diariamente, en nuestra busca para jugar al tenis o a bailar. Este fue un verano encantador, excepto que José había enfermado trabajando en el aire comprimido del túnel bajo el río y su acostumbrada alegría se había transformado en pesimismo.*⁴²

(Zenobia adoraba a su hermano José, con el que siempre estuvo en comunicación epistolar -desde que él se fue a los EE. UU. para estudiar ingeniería en Harvard- hasta su muerte. Cuando estaban viviendo en Valencia, Zenobia escribe. «la única gran alegría eran las cartas de Yoyó tan maravillosas y continuas, las de Raimundito eran divertidas, a veces, pero ¡quién se fiaba de ellas! Raimundito era un sin fundamento»⁴³. Por eso, cuando se casa con el poeta, su principal preocupación es que los dos hombres simpaticen, cosa que ocurre con gran alegría de ella).

«Carta desde Palos», es el cuento de Zenobia, que jalona el siguiente destino del ingeniero Camprubí; «Impresiones de Cádiz» y «La bienvenida de España a la primavera». Este último, inspirado en las historias que sobre cosas de Andalucía le contaba la guardesa de La Rábida, Catalina de Lagares, su compañía cuando la prima Hannah, que las había acompañado desde su vuelta de EE.UU., regresa a América.

La señorita Camprubí había estudiado en España Literatura española e Historia europea y americana, además de español, inglés, francés y conocimientos de alemán e italiano, con institutrices en casa. En América álgebra y latín, además de unos Cursos de Extensión de la Universidad de Columbia. En el verano de 1908 estudia Literatura inglesa y Composición en la misma Universidad, por lo que es probable que asistiera a la Exposición de pintura de Sorolla en febrero y marzo de 1909. Se casa su hermano José, sufre ella una intervención quirúrgica por un ataque de apendicitis, y el 23 de

⁴² Op. cit., p. 326. Yoyó era el apelativo familiar de José Camprubí, el hermano mayor de Zenobia.

⁴³ Op. cit. 325. Yoyó era el apelativo familiar de José Camprubí el hermano mayor de Zenobia.

marzo de 1909, junto a su madre y su prima, se vuelven a Gibraltar, Algeciras, Granada, y Sevilla. En la segunda semana de abril se trasladan a Huelva y enseguida a La Rábida, donde don Raimundo era ingeniero jefe de las obras de Huelva. Viven en la casa de los ingenieros, frente al Monasterio. Enseguida la joven, siguiendo su ética social, decide ser útil creando una escuelita para escolarizar a los diecinueve niños de los campesinos y trabajadores del puerto. Se interesa por las canciones andaluzas y, como se sabe, allí pudo haber conocido al poeta cuando éste y su hermano Eustaquio acompañaron a Sorolla, que pretendía inspirarse para un encargo pictórico sobre los lugares colombinos. No fue allí, en 1909, sin embargo, pero fue en una conferencia en que se hablaba de la Rábida donde se produjo.

En 1911, Zenobia acompañó a su madre a un viaje a Suiza y, a finales de año, volvió a EE.UU. para conocer a su primera sobrina, Inés Camprubí (*la Nena*), hija de su querido hermano José. Regresan a principios de 1912. En julio, publica sin firma, en la revista estadounidense *Vogue* un artículo «Spain's welcome to the spring» y los trabajos «The King of Spain opens las Cortes», «Doña Blanca», «The catalans and Ferrer», Sobre Francisco Ferrer Guardia y los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona, en octubre de 1909. Cuando vuelve de América, ya casada, la editorial Calleja, donde trabajaba Juan Ramón, le encarga que escriba y traduzca cuentos. Ella consigna en su diario cómo ganó treinta pesetas por escribir “Los tres osos”; le lee a su madre otro, “El rey del río de oro”, por el que le pagan lo mismo, y otros varios de esas narraciones míticas. Estos primeros conatos de escritora crearán en la joven una sensibilidad lingüística y literaria que Juan Ramón apreciaría enseguida, en el trato y en las cartas, donde ella hace algunas descripciones verdaderamente plásticas y poéticas. A lo largo de su vida, Zenobia mantendría la costumbre de redactar un diario, que resultaría de un enorme interés para conocer su devenir matrimonial, pese a no tener más vocación que la utilitaria, como desahogo terapéutico y reflexión personal sobre los hechos de cada día.

Zenobia era conocida por su constante sonrisa, fruto de una infancia feliz. Si la edad de la inocencia ha sido llamada el paraíso perdido, la niñez de la niña de los Camprubí transcurrió entre algodones y

sedas, como ella misma reconoce de adulta y como correspondía a la única hija de un matrimonio burgués y acomodado. El que se formó entre don Raimundo Camprubí Escudero, ingeniero de Caminos, enviado por la Metrópoli a la isla de Puerto Rico a finales de 1870 y doña Isabel Aymar, de acomodada familia norteamericana y portorriqueña, con negocios en la isla. Pero, en este caso, la niña disfrutó de la atención directa de una abuela y madre bilingües, educadas en las lecturas y en las relaciones sociales de la élite norteamericana. La importancia que ellas dieron a la educación de su nieta e hija no era nada común entre las familias del mismo rango en España, y este bagaje cultural, junto con la seguridad de una infancia feliz será lo que propicia la alegría permanente de Zenobia, su maravillosa sonrisa y la generosidad de su trato en toda circunstancia, es decir, con palabras de Ernestina de Champourcin, el encanto de Zenobia «era la envoltura de una personalidad única y fascinante».⁴⁴

Zenobia muere el 28 de octubre de 1956; Juan Ramón el 29 de mayo de 1958, por lo que el poeta sobrevivió como viudo veinte meses en la desolación y la enfermedad. Desde los poemas de *De ríos que se van*, Juan Ramón apenas pudo escribir más que la dedicatoria de la edición de *Libros de poesía*⁴⁵, ofrenda muy expresiva del lugar en que se quiso situar desde entonces: “A la sombra transparente de Zenobia”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BARÓN FERNÁNDEZ, J. (1970), *Miguel Servet*, Madrid, Espasa-Calpe.

BENLLIURER, F. (2006), Barcelona, Ed. Clíe.

CACHO VIU, V. (1962), *La Junta de Ampliación de Estudios entre la Institución Libre de Enseñanza y la generación de 1914*, Madrid, Rialp.

CAMPRUBÍ (2006), *Diario, 2 y 3*, Edición de Graciela Palau de Nemes, Madrid, Alianza.

⁴⁴ CHAMPOURCIN 1997, p. 136.

⁴⁵ JIMÉNEZ 1957, *Libros de poesía*.

- CHAMPOURCIN** (1997), *La ardilla y la rosa (Juan Ramón en mi memoria)*, Huelva, Ediciones de la Fundación Juan Ramón Jiménez.
- COSSÍO** (1897), «Los problemas contemporáneos en la ciencia y en la educación», Madrid, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*.
- DOMÍNGUEZ SÍO, M. J.** (1991), *La Institución Libre de Enseñanza y Juan Ramón Jiménez*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense de Madrid.
- JIMÉNEZ** (1981), *Antología general en prosa*, Edición de Ángel Crespo y Pilar Gómez Bédate, Madrid, Biblioteca Nueva.
- JIMÉNEZ** (1982), *Estío*, Madrid, Taurus.
- JIMÉNEZ** (2005), «Balada de la mujer ideal», en *Baladas para después, Obra poética*, Madrid, Espasa Calpe.
- JIMÉNEZ** (2005), *Obra poética, 2 Vol.*, Edición de Javier Blasco y Teresa Gómez Trueba, Madrid, Espasa-Calpe.
- JIMÉNEZ** (2007), «Lo feo» en *Libros de amor*, Edición de José Antonio Expósito Hernández, Madrid, Linteo.
- JIMÉNEZ LANDI, A.** (1973), *La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Taurus.
- JIMÉNEZ**, (1964), *Libros Inéditos de Poesía*, Edición de Francisco Garfías, Madrid, Aguilar.
- JIMÉNEZ, J. R.** (1981), *Melancolía*, Prólogo de Javier Blasco, Madrid, Taurus.
- JIMÉNEZ, J. R.** (1982), *Laberinto*, Edición de Antonio Campoamor y Fermín Solana, Madrid, Taurus.
- JIMÉNEZ, J. R.** (1957), *Libros de poesía*, Edición de Agustín Caballero, Madrid, Aguilar.
- JIMÉNEZ, J. R.** (1981), *Jardines lejanos*, Edición de Antonio Campoamor y Fermín Solana, Madrid, Taurus.
- JIMÉNEZ, J. R.** (1990), *Ideología*. Reconstrucción, estudio y notas de Antonio Sánchez Romeralo, Barcelona, Anthropos.
- MARTÍNEZ DE LA ROSA, F.** (1964), *La conjuración de Venecia*, Madrid, Espasa- Calpe.
- MAX WEBER**, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, México, Premia Editora, 1991.
- PÉREZ GALDÓS, B.** (1969), *Tristana*, Madrid, Alfauara.
- RODRIGO** (1988), *Mujeres de España: las silenciadas*, Madrid, Círculo de Lectores.
- SANZ DEL RÍO, J.** (1860), *El Ideal de la Humanidad para la vida*,

Madrid, Imprenta de Manuel Galiano.

SIMIOT, B. (1978), *Yo, Zenobia. Reina de Palmira*, Barcelona, Editions Albin Michel.

TURÍN, I. (1967), *La educación y la escuela en España de 1874 a 1902*, Madrid, Aguilar.

VALLE INCLÁN, R. (1976), *Femeninas en Obras escogidas*, Madrid, Aguilar.

VARIOS AUTORES (2009), *Zenobia Camprubí con luz propia. Centenario de la estancia de Zenobia en La Rábida*, al cuidado de José Luis González Escobar y Rocío Bejarano Álvarez, Huelva, Fundación Zenobia Juan Ramón Jiménez y Universidad Internacional de Andalucía,